

abusos y defectos en la administración interior. Para proteger las clases bajas urbanas contra las demasías de los ricos y poderosos, contra los recaudadores de impuestos y aun contra los gobernadores de provincia, creó en el año 364 el cargo de defensor municipal. Estos funcionarios, que mas adelante obtuvieron hasta alguna jurisdicción, eran elegidos por los vecinos de la población de entre los ciudadanos de posición independiente y exentos de la carga del decurionato: su elección debía ser confirmada por el prefecto, y su cargo, que consistía en poner las quejas de las personas atropelladas y del vecindario en general en conocimiento del gobernador, y en caso necesario del prefecto, y hasta del mismo emperador si en la provincia no eran oídas, duraba al principio cinco años y mas adelante fueron reducidos á dos. La solicitud y prevision del emperador se extendía hasta los menores detalles de la administración y de la vida social, y especialmente velaba por la mas estricta justicia en todo. En este último punto era severo, apasionado y durísimo hasta el exceso. Su trato era peligroso para las personas que le rodeaban, porque á veces castigaba pequeñas faltas con espantoso rigor, sobre todo cuando veía, lo cual sucedía á menudo, que la corrupción era incurable, pues creía que solo podía ser aniquilada á fuego y sangre. Esta convicción se apoderó de su ánimo y le hizo cada día mas duro, mas sombrío y mas terrible; casi nunca perdonaba, y en lugar de conmutar penas le gustaba aumentarlas, hasta las de muerte. Las hogueras y el tormento fueron en su reinado sucesos comunes, y hasta tuvo durante mucho tiempo dos osas fieras para hacer destrozarse por ellas á criminales condenados á la pena de muerte agravada. Los mejores gobernadores y jueces eran para él los mas severos y desapiadados.

Este rasgo del carácter de Valentiniano suscitó no pocas desgracias y peligros serios, porque por activo, inteligente y tenaz que fuese, no era infalible ni mucho menos, como lo probó el caso del gobernador de Africa, Romano, que con la cooperación de otros funcionarios elevados pudo engañar durante mucho tiempo al emperador y causar la muerte y desgracia de innumerables personas. En el ejército podían haber sido los resultados funestísimos si la Iglesia no hubiese interpuesto su influencia moderadora, y si el mismo Valentiniano no hubiese tenido el don inapreciable de escuchar y admitir observaciones y opiniones contrarias á las suyas, y de permanecer severo y tranquilo en las cuestiones políticas y trascendentales, no obstante su habitual violencia y su perseverancia fria pero incansable.

Aquí citaremos el otro ejemplo de error funesto de Valentiniano en la elección de sus instrumentos, error que prueba lo fatal que fué para el antiguo tronco latino el ingerto de tantos elementos bárbaros. Entre los colonos carpos de raza geta que el gobierno habia establecido y romanizado desde el tiempo de Galerio en la Panonia, los miembros de cierta familia habian llegado á ser admitidos al servicio de la administración, y uno de ellos habia subido hasta el empleo subalterno de registrador. El hijo de este, llamado Maximino, estudió ciencias, llegó á ser abogado, despues gobernador civil en Córcega y luego en Cerdeña y en Toscana. Tan contento se mostró el emperador con él, que le confió el importantísimo y elevado empleo de director de abastos de la capital. En este cargo supo engañar al sagaz Valentiniano de tal modo, que este emperador, creyendo haber encontrado en Maximino el magistrado severísimo é inflexible que buscaba para extirpar la inmoralidad, y especialmente el abuso de la magia, le nombró prefecto de Roma, empleo que habia estado hasta entonces á cargo de hombres tan distinguidos como Simaco el mayor, el bondadoso Pretextato, Ampelio y Qlibrio. Al mismo tiempo le dió poderes extraordinarios para

perseguir y castigar á los que se dedicaban á la magia, á los envenenadores, á los adúlteros, á los que cometían crímenes contra la moral, y le encargó de abrir una información vasta y minuciosa sobre los casos criminales ocurridos. Maximino con sus amplios poderes y con el auxilio de sus agentes, espías y delatores, dió en su nuevo empleo rienda suelta á sus instintos feroces, y llevó el terror á toda la población de Roma, especialmente en el año 370. Su crueldad y sed de sangre y tormentos trasformaron los tribunales de la capital en antros infernales; hombres y mujeres de todas las clases de la sociedad, hasta los clérigos y laicos comprometidos en la contienda contra el obispo Dámaso, fueron sometidos á la tortura y murieron bajo el hacha del verdugo ó en las hogueras. Solo cuando el feroz Maximino hizo aplicar el tormento á senadores, pisoteando las antiguas leyes y privilegios, cedió el emperador á las súplicas de una comisión senatorial y libró á la ciudad de aquel malvado, confiándole el gobierno de la Galia. Allí continuó Maximino ejerciendo su ferocidad hasta la muerte de Valentiniano, mientras uno de sus sayones, el consejero Simplicio, nombrado vicario de Italia, continuó su régimen sanguinario en Roma.

En medio de todas estas tribulaciones, sustos y terrores religiosos, administrativos y políticos de aquella época de hierro, florecieron las letras griegas y romanas. En Roma, en Cartago y otras ciudades de Africa, y en los centros de instrucción de la Galia meridional se cultivaban con esmero los estudios de gramática y retórica. Elio Donato, en Roma, escribió un comentario erudito de Terencio; sus colegas mas jóvenes Flavio Sospater, Carisio y Diomedes nos han dejado gramáticas; Paladio escribió su obra de agricultura; en tiempo de los Constantinos se habian escrito manuales de viajes, y en el año 354 se habia publicado un manual de la historia de Roma; pero este período no produjo ninguna obra grande de historia, no obstante que todos los historiadores mas notables de la época fueron, hasta la aparición de Amiano Marcelino, funcionarios del Estado. Sexto Aurelio Víctor, de humilde cuna, protegido por Juliano llegó á ser gobernador general de Panonia y despues prefecto de Roma; pero su compendio de la historia de los emperadores romanos, que llega hasta el año 360, no demuestra un talento literario superior, si bien el autor utilizó buenas fuentes. Mucho mas mérito tiene el epitome de la historia de Roma en diez libros, que llega hasta la muerte de Joviano. Su autor Eutropio, se mantuvo en el favor de los emperadores desde Constantino el Grande hasta Valente; desempeñó varios elevados puestos, acompañó al emperador Juliano en su campaña de Persia y escribió su obra por orden del emperador Valente. Esta obra fué traducida repetidas veces al griego y llegó á ser un libro de texto muy apreciado. Está escrita en lenguaje muy sencillo, con talento, imparcialidad y acierto, especialmente en lo tocante á los emperadores conocidos personalmente del autor.

Dos poetas de verdadero estro figuraron tambien en el siglo iv, Rufo Festo Avieno y Ausonio. El primero era natural de Vulturno, en Etruria, hoy Volsena, hombre rico, funcionario del Estado, descendiente de familia distinguida, y floreció en tiempo de Valentiniano. Tomó por modelo á los autores clásicos, especialmente á Virgilio, y fuera del vicio de su época, la verbosidad ampulosa, se distingue por su lenguaje noble y castizo en sus obras didácticas y geográficas. Tradujo del griego en versos latinos la *Periegesis*, del antiguo Dionisio, y otras poesías; describió en versos yámbicos las costas del Mediterráneo, del mar Negro y Caspio, y además publicó una porción de poesías sueltas y epigramas en exámetros. Era partidario acérrimo del antiguo Olimpo, y en varios de sus pequeños poemas resplandecen

los últimos rayos del ocaso del mundo antiguo. El segundo poeta de que hablamos, Décimo Magno Ausonio, nació en Burdeos entre los años 300 y 310. Era hijo de Emilia Eomia, hija del eduo romanizado Arborio, y de Julio Ausonio, natural de Cossio Vasatum, en Aquitania, hombre de aticismo refinado, que vivió primero en Burdeos ejerciendo la medicina con grande éxito, despues en la corte de Valentiniano, que le nombró médico de cámara y le confió la prefectura de Iliria, y por último murió cargado de años en 370.

Su hijo mayor, Décimo Magno Ausonio, destinado desde su infancia á la carrera de las letras y ciencias, visitó las escuelas de Tolosa, donde florecía como profesor, retórico y abogado su tío materno Emilio Magno Arborio, partidario de Constantino, el cual elevado al imperio le llamó á Constantinopla. A la edad de treinta años Décimo Ausonio desempeñó en su ciudad natal, entonces todavía próspera, la cátedra de gramática y mas adelante la de retórica; y entre los años 364 y 367 se le ofreció un porvenir brillante cuando el emperador Valentiniano le llamó á su corte y le encargó la educación de su hijo Graciano. Acompañó al emperador en las campañas contra los alamanos y recibió el título de conde (*comes*). Su discípulo le nombró en 376 prefecto de Italia, dos años despues le dió el mismo cargo en la Galia y en 379 le obtuvo el consulado. Al ocurrir la prematura muerte del joven emperador Graciano, el ya anciano Ausonio se retiró á su ciudad natal, donde pasó el resto de su vida en situación muy regalada y ocupándose activamente en sus tareas literarias, en las cuales se nos ofrece como representante de los muchos varones ilustrados de su época, que amantes entusiastas de las letras y ciencias antiguas, á fin de dedicarse tranquilamente y sin disgustos á su cultivo habian adoptado exteriormente el cristianismo. La muerte puso fin á su tarea en el último decenio del siglo iv. Carácter honrado y amable, con una instrucción vasta para su época, se presenta en sus obras poco original, peroabilísimo en el manejo de las formas métricas y del estilo. Existen de él muchas cartas y mayor número todavía de poesías, epigramas é idilios. De estos últimos, el mas célebre es el titulado: *Mosela*, descripción amenísima de un viaje por el valle del Mosela desde Bingen á Tréveris, escrita en 483 exámetros, en esta última ciudad, á fines del año 370.

Las letras griegas, como hemos dicho ya, continuaron floreciendo paralelamente, pero en otras condiciones que las latinas. Grandes varones, como Gregorio Nacianceno, brillaron allí en la literatura eclesiástica; la filosofía especulativa incluso la neo-platónica tenia tambien sus representantes, no menos que la alta retórica, principalmente en Atenas, centro de este ramo de literatura cultivado con entusiasmo constante por los amantes del génio de la antigüedad clásica, si bien para el observador sagaz no faltaban señales de cambio seguro en un porvenir no muy remoto. Proeresio murió de edad de noventa y un años en el de 367, teniendo por sucesor en la cátedra de retórica de Atenas á su antiguo rival, que despues de haber vivido algunos años en Asia en la corte del emperador Juliano, habia regresado á Atenas en 368; pero á la muerte de este, en 385 ó 390, no hubo ya sucesores á la altura de estos dos retóricos; menguaba la afición á los conciertos oratóricos y empezaba el mundo moderno, que buscaba la elocuencia en los grandes representantes de la oratoria eclesiástica. En Antioquia sin embargo continuó sosteniendo la gloria del arte retórico antigua Libanio, pagano acérrimo, descendiente de una familia muy noble y opulenta, que habia hecho sus estudios en Atenas. Libanio en 350 habia obtenido una cátedra en Constantinopla, pero desde 354 hasta su muerte, ocurrida probablemente en el año 395, se habia retirado á su ciudad natal Antioquia. Otro represen-

tante de la antigua elocuencia pagana fué Temistio, hijo del filósofo Eugenio y natural de Paflagonia. Nació en el año 317 y fué profesor de retórica en Constantinopla, donde Constantino II le concedió la dignidad senatorial y Juliano le nombró en 362 prefecto de la capital. Orador distinguido, sectario de Platon y de Aristóteles, fué en Constantinopla lo que Vetio Agorio Pretextato y Símaco en Roma, el digno representante de la elocuencia antigua, serena, elevada, llena de elegante ironía y de melancólica y olímpica tranquilidad; lo cual no le privó de la simpatía y protección de los dos emperadores citados y de los siguientes, ni de católicos como Gregorio Nacianceno. Hasta el ardiente católico Teodosio volvió á nombrarle prefecto en 384, sin contar otras distinciones que le fueron dispensadas.

Volvamos ahora á la historia política, que hemos dejado cuando Teodosio tomó á su cargo la reconquista y reorganización del Africa romana, y Valentiniano, el emperador, luchaba con todas sus fuerzas contra los alamanos y fortificaba la frontera riniana, mientras por su orden se levantaban fortificaciones en la danubiana. Estaba ocupado en la construcción del castillo de Robur, cerca de Basilea, cuando recibió gravísimas noticias de Panonia. La construcción de varios castillos recientemente levantados en el territorio de los cuados, en la orilla izquierda del Danubio, tenia ya irritadas á aquellas tribus germánicas, cuando Marceliano, hijo del furibundo Maximino y gobernador de la provincia panónica Valeria, cometió el avevoso atentado de convidar á comer al jefe de los cuados, Gabinio, y hacerle asesinar durante la comida. Esta infamia indignó tanto á los cuados, que se unieron con sus vecinos los yazigios, pasaron el Danubio en la época de la siega del año 374 é invadieron la Panonia llevando á todas partes el saqueo, el incendio y la matanza. Poco faltó para que cayera en sus manos la futura esposa de Graciano, que á la sazón se habia puesto en camino para pasar á Tréveris con su acompañamiento. Mucho trabajo dieron los bárbaros á los romanos, porque una gran parte de las fuerzas de Panonia habia sido enviada al Africa. Los yazigios derrotaron á dos legiones por la ineptitud de sus jefes; á duras penas pudieron resistir las plazas fuertes á los ataques del enemigo, y el prefecto Petronio no sabia qué hacer, no atreviéndose á salir de Sirmio, y solo procuraba reunir fondos para que Valentiniano no careciera de este recurso principal cuando llegara para tomar la dirección de la guerra.

Sin embargo, para acudir á la Panonia era preciso hacer antes la paz con el jefe de los alamanos, el astuto Macriano; y así lo hizo Valentiniano. Dominando su orgullo romano invitó al jefe bárbaro á una entrevista en la proximidad de Maguncia, donde estipularon la paz, probablemente á costa de grandes sumas de dinero, pero á la cual Macriano no faltó mientras le duró la vida. En la primavera del año 375 el emperador, acompañado de su esposa Justina y de su pequeño hijo Valentiniano, y seguido de un fuerte ejército á las órdenes del general Merobando, pudo ponerse en camino para la Panonia; pero cuando llegó á Carnunto encontró ya hecho el trabajo principal por el heróico é inteligente hijo de Teodosio, nombrado poco antes comandante de las fuerzas de la Mesia superior. Los yazigios habian invadido tambien esta provincia en el año anterior de 374, pero el joven general, aunque disponia de fuerzas escasas, los escarmentó de tal modo que los sármatas perdieron sus bríos y repusieron á toda prisa el Danubio cuando tuvieron noticia de la aproximación de Valentiniano.

Despues de una larga estancia en Carnunto, se acordó que Merobando con una columna y Valentiniano con otra, desde Acinco expulsaran á los cuados é invadieran su país,

como lo hicieron, llevándolo todo á sangre y fuego. En el otoño del mismo año el emperador estableció su cuartel general en Bregecio, donde se le presentó una embajada de jefes cuados solicitando humildemente la paz; pero cuando Valentiniano vió aquella comitiva miserable, se afectó al pensar cuán vanos y sin esperanza eran sus trabajos en favor del imperio cuando tales enemigos le ponían en grave peligro; y la ira y el dolor le produjeron un ataque apoplético del cual murió el 17 de noviembre del año 375. Su cadáver fué trasladado á Constantinopla y depositado en la iglesia de los Apóstoles.

Apenas falleció Valentiniano, el ejército, que mas le había temido que amado, se mostró inclinado á proclamar sucesor suyo al general Sebastian, que estaba con Merobando á la sazón al otro lado del Danubio. Merobando como general en jefe, instruido de lo que pasaba por el consejo de guerra de Bregecio, envió á Sebastian con un nuevo mando militar á un punto distante, y para entretener la imaginación de la tropa explicó este cambio diciendo que la Galia estaba amenazada de una nueva invasión de germanos. Después dió al caballerizo mayor Cereal, hermano de la emperatriz Justina, el encargo de conducirla á Bregecio, donde estaba su hijo, á la sazón de cuatro años de edad; y allí, gracias á las rápidas disposiciones y actividad de Merobando, las tropas proclamaron emperador al pequeño príncipe á los seis días de la muerte de su padre. Graciano, que estaba entonces en Tréveris, tuvo que conformarse y reconocer el hecho consumado; y siendo su carácter noble, jamás trató de lastimar los nuevos derechos de su madrastra y hermanastro, con lo cual pudo á lo menos conservar una posición brillante aunque de segundo orden. En efecto, Graciano se quedó con la prefectura del Occidente y la supremacía sobre las dos prefecturas centrales bajo la alta dirección de Valentiniano II ó sea de su madre la emperatriz viuda, que estableció su corte en Milan. Valente continuó gobernando la parte oriental del imperio como en tiempo de Valentiniano, su hermano.

Valente, aunque no poseía las brillantes cualidades y el talento de su hermano mayor, ó por lo menos no las tenía en tan alto grado, estaba adornado de cualidades muy apreciables; en su vida privada era sóbrio, honesto, sencillo y amigo fiel; no permitía que ningún miembro de su familia, con excepción de su suegro, abusara de su elevada posición; cuidaba con celo del orden y la disciplina en el ejército y en la administración; se desvelaba por el bien de sus pueblos y logró, en efecto, disminuir considerablemente la carga de las contribuciones. Con su buena y económica administración pudo practicar una liberalidad prudente, hacer obras públicas y restaurar otras que lo necesitaban, especialmente en Constantinopla y Antioquia, cuyo clima le probaba muy bien. Castigó con gran dureza los fraudes de los empleados y la venalidad de los jueces, y en general, después de su feliz campaña contra los godos, tuvo la fortuna de poderse dedicar mas que su hermano al gobierno interior de sus dominios. Sus súbditos en su gran mayoría fueron mucho mas felices que los pueblos de las demás provincias, aunque el gobierno de Valente era algo duro y áspero, sin verdadera energía, y en ocasiones débil sin ser generoso. Era Valente, como su hermano, inclinado á la crueldad; su afán de ser justo adquirió gradualmente un carácter siniestro, y hasta sanguinario y feroz cuando creía habérselas con conspiradores contra su persona, porque entonces llegaba su crueldad é instinto vengativo casi á la altura de la ferocidad de la corte de Constancio II. Esto se vió en el caso de Teodoro, acusado en 371 ó 372 de alta traición, el cual fué sometido al tormento por leves indicios y luego condenado á muerte y ejecutado, con un grandísimo número de otras personas, probablemente

del todo inocentes, entre ellas el anciano neo-platónico Máximo.

Por otra parte Valente no supo seguir la cuerda conducta de su hermano en materia de religión; no persiguió á los partidarios de los cultos antiguos, que disfrutaron de completa libertad en sus dominios, pero no observó la misma política con las sectas cristianas. Personalmente era Valente partidario decidido de la doctrina arriana, en la cual le confirmaban celosamente su esposa Domnica y el obispo arriano Eudoxio, que le bautizó en el año 367 y al cual entregó la catedral de Constantinopla. Estas influencias no extinguieron su natural moderación enfrente de las provocaciones de otros partidos religiosos, ni impidieron que por atención á su hermano tratase con la mayor consideración á los prohombres partidarios del símbolo de Nicea ó homusiano, como Gregorio Nacianceno, Basilio y Atanasio, que murió cargado de años en 372 ó 373; pero le hicieron concebir el propósito desafortunado de unificar la iglesia cristiana en sus dominios en el sentido de la doctrina anomea, la mas rígida del arrianismo. Por eso los escritores homusianos de aquella época pintan á Valente como el tirano mas abominable, imputándole horrores como á Juliano. La verdad es que Valente, siempre que pudo, colocó en todas las sillas episcopales vacantes obispos arrianos y procuró fundar nuevas comunidades arrianas en cuantas partes fué posible para quitar iglesias á los homusianos y darlas á los arrianos. Esto fué causa de incesantes odios y tumultos, porque los arrianos, sacerdotes y laicos, y los celosos funcionarios del gobierno, no perdían ocasión alguna, según la ruda costumbre de aquellos tiempos, de insultar á sus contrarios. Los arrianos, á pesar de tanta protección y de ocupar obispados importantes en la prefectura de Iliria y en los dominios de Valente, entre otras las grandes sillas metropolitanas de Constantinopla, Antioquia y Alejandría, no aumentaron en número, al paso que se aumentaron la resistencia, la actividad y los sacrificios entusiastas de los homusianos, tanto que á pesar de todas las contrariedades, formaban la mayoría en muchas comarcas, como en el Egipto y en Capadocia.

En este estado se hallaban los dominios de Valente cuando murió su hermano Valentiniano. El nuevo arreglo hecho para el gobierno del Occidente disgustó á Valente, que habría deseado acrecentar su territorio y tener cierta supremacía sobre sus sobrinos á manera de emperador principal. Sobre vino, pues, muy luego la tirantez de relaciones entre Valente y Graciano, el cual con sus medidas la aumentó por desgracia notablemente. Graciano, en efecto, cuando los godos estaban preparando una nueva invasión, la mas formidable de todas, prohibió en sus estados el culto arriano, conforme veremos luego.

Graciano era un bello y noble joven que nada tenía de la impetuosa sinistralidad de su padre. Era de carácter afable y bondadoso; dotado de gran inteligencia, había recibido una instrucción exquisita; religioso sin ascetismo ni mogigatería, era virtuoso, y amigo de las artes y ciencias, de modo que hizo nacer las esperanzas mas halagüeñas, que se aumentaron cuando condonó al principiar su reinado las contribuciones atrasadas en todo el imperio; pero al propio tiempo su confianza en los hombres notables que habían servido á su padre le hizo cometer varios errores trascendentales é imposibles de deshacer. El primero fué la muerte del eminente conde Teodosio, contra el cual probablemente se conjuraron, envidiosos de su gloria, los hombres principales de la corte de Graciano, sin exceptuar á Merobando, con otros como Romano y sus cómplices, impulsados por su odio. De todos modos, no mucho tiempo después de la muerte de Valentiniano fué preso en Sítis el salvador de Inglaterra y de

Africa, y conducido á Cartago, donde se le formó causa criminal no se sabe con qué pretextos. Los miserables jueces le declararon culpable y en su consecuencia fué decapitado en Cartago en el año 376. Después, con el auxilio de testigos á propósito, se falló la causa pendiente contra Romano declarándole inocente. Esta iniquidad, que como acto político equivalía á un suicidio estúpido y que solo es comparable con el asesinato del vencedor de las hunos Aecio, en época posterior, obligó al hijo de la víctima, el joven general Teodosio, á retirarse á su patrimonio en España.

Otros hombres notables que hacían sombra á los cortesanos de Tréveris tuvieron la misma suerte, si bien hubo algunos entre ellos cuya muerte causó una satisfacción general. Uno de estos fué el insolente y sanguinario Maximino, el cual no sabiendo avenirse con Merobando y sus amigos, fué destituido de la prefectura de la Galia en la primavera del mismo año 376; y cuando, quizás á consecuencia de una secreta indicación, se presentó en la corte de Tréveris una comisión del Senado de Roma pidiendo justicia contra la conducta que había observado Maximino en aquella capital, fué decapitada esta fiera. Después sufrió la misma pena su sucesor en Roma Simplicio, y otro instrumento de Maximino, llamado Doriforiano, recibió una muerte horrorosa precedida de indecibles tormentos, á instigación de la madre de Graciano, Severa, que había vuelto á la corte.

Otro error al cual se dejó arrastrar Graciano al principio del año 376 fué la prohibición de todos los cultos y sectas del cristianismo que no profesaran el símbolo de Nicea. Con este acto desapareció de Europa por largos siglos la libertad religiosa. No fué probablemente esta vez Merobando, el general y ministro franco, el que influyó en el ánimo de Graciano, sino una persona mucho mas noble, de mas instrucción y talento, el obispo Ambrosio de Milan, que muy pronto se había hecho amigo del joven Graciano, tanto que se le ha llamado su padre espiritual. Ambrosio fué el primer orador sagrado y la mayor lumbrera de la Iglesia hasta la aparición en la escena cristiana de Juan Crisóstomo de Antioquia, que á la sazón contaba treinta años. Ambrosio tenía la conciencia de su misión eclesiástica y de su dignidad: su amor á la humanidad era tan grande como sincero, pero siguiendo el espíritu de su época, era tambien indomable su intolerancia respecto de las sectas cristianas, intolerancia que se extendió pronto á los paganos y judíos.

Graciano, valiente como su padre, bien que mas débil de carácter y muy inferior á él como hombre de Estado, cedió probablemente á los consejos de San Ambrosio, como cedió á la necia pretensión de los legionarios de suprimir los pesados yelmos y corazas, supresión que fué funesta para los muchos que cayeron á impulso de las flechas enemigas. Además era Graciano fanático, y á pesar de toda su dulzura, en cuestiones religiosas mucho mas violento y mas absoluto que su padre, que nada tenía de blando ni de suave; así es que publicó en el citado año aquellos edictos que declararon la doctrina homusiana como única universal, ó sea católica, y prohibieron las reuniones de otras sectas como heréticas y usurpadoras, ordenando que sus iglesias fuesen entregadas á las comunidades católicas. Con esto quedaron los arrianos y donatistas reducidos á renunciar á su culto é ingresar en las iglesias donde se predicaba el dogma de Nicea y se condenaba el suyo, ó bien á desobedecer la ley. Hicieron lo último; se reunieron secretamente y provocaron con esto en el año 378 nuevos decretos que amenazaban á los contraventores con los castigos mas duros, que se extendían hasta á los gobernadores condescendientes. Contra los donatistas el inexperto Graciano había publicado una ley especial en el año 377; pero como esta secta era tan numerosa y se hallaba

acostumbrada á resistir á las persecuciones, y como todo el Norte de Africa estaba en una situación tristísima por los sucesos ya referidos, no se empeñó en hacer cumplir sus decretos intolerantes. Basta decir, para dar una idea de la fuerza de los donatistas, que á fines del siglo IV tenían cuatrocientos obispos y podían hasta tiranizar á las pequeñas comunidades católicas.

Los arrianos de Italia no tuvieron tanta suerte, perdieron sus iglesias y no se les dejó respirar; ni pudo hacer nada por ellos la misma emperatriz viuda Justina, celosa arriana, que vivía en Milan. En la prefectura de Iliria se sostuvo la secta algo mas; pero ni en una parte ni en otra fué nadie perseguido todavia por sus opiniones religiosas, ni tampoco excluido de empleos públicos. Con esto muchos funcionarios elevados, de opinión arriana, ó por lo menos adversarios de la intolerancia religiosa, ó que se volvieron tolerantes por dinero, dejaron de ejecutar con rigor los decretos contrarios á los arrianos y favorables á los católicos.

En esta guerra contra las sectas estaba ocupado Graciano cuando estalló la tormenta que desde años antes se estaba preparando en el Este, la cual descargó sobre las provincias orientales, gobernadas por Valente, y conmovió en sus cimientos el grande edificio del imperio romano. Valente había pasado los últimos años, especialmente desde 372, en Antioquia para vigilar á sus vecinos los persas. La vergonzosa paz de Joviano había facilitado al rey de Persia el medio de extender su influencia sobre la Iberia asiática (1) y la Armenia, donde bajo su protección fué reemplazado el rey Tiran, amigo de Roma, por su hijo Arsaces III; pero cuando Sapor tiranizó este país y se llevó prisionero al nuevo rey por el año 370, el obispo Narsés suplicó al emperador Valente que acudiera á la defensa de Para, hijo y sucesor legítimo de Arsaces. El emperador accedió; sus generales Vadomaro y el conde Trajano alcanzaron en 372 tan notables ventajas sobre los persas, que pudieron entronizar al príncipe Para; mas como este resultó traidor á los romanos y entró en inteligencias ocultas con el rey de Persia, el emperador dió á Trajano la orden de matarle en 374. Esto enconó las relaciones con el rey Sapor hasta el punto que Valente juzgó prudente prepararse para una guerra en grande escala. En tales preparativos estaba ocupado en Antioquia cuando recibió en el año 376 la inesperada noticia de los extraordinarios sucesos que ocurrían en el Bajo Danubio.

Desde la última guerra con los godos los sucesos habían tomado en estos pueblos un aspecto muy favorable á los intereses del imperio. Los godos orientales, ó sean los ostrogodos, acaudillados por el temido rey Ermanarico, hijo de Aquilfo, de la raza de Amal, habían llevado sus armas victoriosas contra muchos pueblos y tribus germánicas, eslavos y fineses, llegando por un lado hasta el Báltico y por otro hasta el Don. Entre tanto, otros sucesos muy distintos ocuparon á los godos occidentales ó visigodos. Su caudillo Atanarico era enemigo mortal de la religión cristiana, propagada entre sus pueblos por los arrianos, y desde 348 á 355 había desterrado del país á todos los godos convertidos juntamente con su obispo Ulfilas (nacido en 311, reconocido como obispo de su pueblo en 341 y muerto en 381). Los expulsados, con permiso del emperador Constancio II, se establecieron en los Balcanes por el lado de Nicópolis.

El cristianismo continuó haciendo nuevos prosélitos entre los visigodos, y tantas fueron las vejaciones que sufrieron los convertidos por parte de Atanarico y demás caudillos visigodos, sobre todo desde el año 372, que por fin se levantaron mandados por Fritigerno, jefe muy inteligente, contra los

(1) La Georgia.